



XXII

YO, en mi amor á este suelo, en el cual tengo las raíces de mi vida, los huesos de mis padres, y en el cual pienso dormir el sueño de la muerte; yo, viendo el error y la tenacidad en el error de que están poseídos nuestros Gobiernos, yo no me atrevo á pedir á los hombres, sino á Dios, que evite á España el cáliz amarguísimo de una pasión semejante á la pasión de Polonia.

.....
Recorred nuestro suelo, y no encontraréis piedra que no lleve una señal de esta idea, que es como el fuego creador de la nacionalidad española. Recorred nuestras provincias, y no encontraréis ninguna que no haya aportado algo á la independencia nacional.

Los vascos se creen brotados como las plantas en aquel suelo; dan á su lengua la ancianidad del hombre y á sus repúblicas la ancianidad de la tierra, y se jactan de no haber mezclado jamás su sangre con extranjera sangre; los cántabros y los asturianos recuerdan que ellos fueron los últimos en postrarse ante los antiguos Césares, y los primeros en declarar la guerra á los Césares modernos; los gallegos saben que con sus hondas dispersaron á los normandos y con sus chuzos contribuyeron á rescatar á Portugal; Castilla cree que el más grande entre sus hijos es el guerrillero que mató más soldados conquistadores, y Navarra que es Mina el primero de sus hijos; Madrid sólo celebra el Dos de Mayo; Andalucía no enseña sus preseas artísticas, sino en los montes, las Navas; al comienzo de las llanuras, Bailén, y allá, más lejos, en los límites del horizonte, Cádiz; Valencia guarda su Sagunto, Aragón su Zaragoza, Cataluña su Gerona; y por eso cuando los pueblos padecen; cuando los conquistadores vienen; cuando la independencia de las nacionalidades se eclipsa; cuando Fichte quiere despertar á los alemanes con-

tra Napoleón, ó Víctor Hugo á los franceses contra el rey Guillermo; cuando Byron toma en una mano la lira de Tirteo y en la otra la espada de Leonidas para salvar la independencia de Grecia, todos los hombres, todos los pueblos, lo mismo los cosacos de Moscow, que los atenienses de París, todos vuelven hacia esta tierra los ojos, y todos enseñan, mostrando á los suyos nuestras ruinas humeantes, cómo se pelea contra los invasores, y cómo se muere por la libertad y por la patria.

(Del discurso pronunciado en el Parlamento el día 3 de Noviembre de 1870.)